

Hélène Gestern

EL OLOR
DEL BOSQUE

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

«Y desde ese día cedo a mis sombras».
Jules Supervielle, *Les Amis inconnus*

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *L'Odeur de la forêt*

© Arléa, 2016
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2020
© de esta edición: Editorial Periférica y Errata naturae editores
info@editorialperiferica.com
info@erratanaturae.com

ISBN (Periférica): 978-84-16291-99-1
ISBN (Errata naturae): 978-84-17800-49-9
DEPÓSITO LEGAL: CC-05-2020
CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Performance Pieces: Interior Landscape*

© Bethany Murray / www.bethanymurray.co.uk

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

I
LUZ DE PLATA

Me despierta el sonido de unas carcajadas. Se ríen de la anécdota que cuenta un hombre de voz alcoholizada. El ruido de la calle, a las tres de la mañana, atraviesa mi sopor, y los fragmentos de presente se mezclan con retazos de mi sueño; esto provoca la aparición de un Alban fantasma en el patio interior, algo imposible. Las risas, los furiosos golpes de las ventanas donde la gente dormía y se ha despertado acaban por poner punto final al sueño en el que me había sumido unas horas antes, bajo el efecto de las pastillas. Como casi cada noche, comienzo a dar vueltas y más vueltas a mi insomnio pensando en ti. Si hubieses estado aquí, habría extendido mi vigilia contra tu cuerpo, dejando que se disolviese poco a poco en el ritmo de tu respiración, en la quietud templada de la cama compartida. Hoy, a pesar de las mantas en las que me envuelvo, no queda más que el frío nocturno que me muerde los hombros, las piernas, el vientre, un poco por todas partes, mientras despunta el alba de un nuevo día, un día nuevo en el que tú no estarás.

Joigny, 22 de agosto de 1914

Mi querido Anatole:

Espero que mi primera carta de soldado te llegue sin mayores obstáculos. Me habría gustado escribirte antes, pero llevamos un ritmo extenuante. Vamos de pueblo en pueblo y, para evitar los ataques, caminamos y acampamos de noche (¡ayer hicimos quince kilómetros!). Pero eso no impide que nos disparen al amanecer.

Las tropas alemanas, en continuo movimiento, son rápidas. Anteayer nos sorprendieron por la retaguardia, nos atacaron unidades de ciclistas y se libró una escaramuza que le costó la vida al lugarteniente de la reserva. Perdimos a doce hombres. Los de mi regimiento son muchachos valientes: campesinos en su mayor parte, acostumbrados a las rudas tareas de la granja, y, por consiguiente, mucho más fuertes que yo.

Hay también algunos bastante tozudos, pero la guerra los doblegará. En realidad, nadie sabe lo que nos espera. El agotamiento que nos invade al término de estas jornadas sin descanso tiene la ventaja de no permitirnos pensar demasiado.

Mándame noticias tuyas, amigo mío. Las espero con impaciencia.

Con todo mi afecto,
Willecot

—¿Y bien? —preguntó mi interlocutora.

Sus manos llenas de manchas servían el té en una taza de porcelana de Sèvres. A pesar de su edad, inscrita hasta en el pliegue más recóndito de la piel, no temblaban. Cerré con precaución la carta siguiendo la frágil línea de la doblez y la coloqué de nuevo en el álbum en el que descansaba. El papel, que volvía a ver el mundo por primera vez después de un siglo, era de una finura inquietante. Me quité los guantes y miré a Alix de Chalendar, que repitió:

—¿Y bien?

Me masajé la nuca. No era la primera vez que procedía al examen de un archivo fotográfico, al contrario, es una de las tareas a las que me obliga regularmente mi oficio. En las tasaciones privadas era bastante frecuente toparse con familias ingenuas o ávidas, convencidas de poseer una perla singular; pero lo que ofrecían, la mayor parte de las veces, no era más que una serie de imágenes sin interés, planas y banales, susceptibles, en el mejor de los casos, de hallar su lugar en alguna sección de los archivos regionales. Esta vez no era así. Tenía en las manos el álbum de un *poilu*, como llamaban a los soldados de la Gran Guerra, que durante dos años y medio había enviado postales y fotografías de su vida en las trincheras. También había escrito, casi cada semana, a su hermana y al que parecía ser su mejor amigo, Anatole Massis, un eminente poeta postsimbolista. Este

fondo gozaba de un valor histórico incalculable, un tesoro de los que no había tenido la suerte de encontrarme más que dos o tres veces a lo largo de mi carrera. Resultaba evidente que el Instituto debía reclamarlo sin demora.

En casos así, tenía por costumbre manifestar un interés cordial, al tiempo que dejaba entrever una despreocupación indecisa; como si proponer que lo depositaran en el Instituto equivaliese a hacerle un favor a quien nos consultaba. Cuando la llama de la codicia se encendía, y sólo entonces, era el momento de resaltar el prestigio del Instituto de la Memoria Fotográfica del Siglo, sus métodos ultramodernos de conservación, sus investigadores de primera fila. Acometer ese juego en compañía de Éric Chavassieux, su director, me había divertido mucho en el pasado. Pero Alix de Chalendar había alcanzado una edad en la que ya no hay tiempo para juegos, y yo me encontraba en una época de mi vida en la que no tenía ganas de jugar.

—Es un archivo único —afirmé—. Contiene información de primera mano sobre la guerra. Pero también es de un valor incalculable para quienes se interesen por la vida y la obra de Massis. ¿Sabe usted qué ha sido de las respuestas del poeta?

Repiqueteo de la porcelana.

—Mi hipótesis es que se perdieron en el incendio de la finca de Othiermont, en 1933. La casa fue reconstruida, pero mi madre decía a menudo que el fuego no les había dejado más que las paredes. Yo creo que exageraba un poco. Volveré a mirar en otra de nuestras casas familiares, en el departamento de Allier. Tengo que ir el mes que viene.

Me pregunté cómo iba a resistir Alix de Chalendar, tan frágil que sus piernas apenas parecían sostenerla, a una

salida de aquel apartamento demasiado caldeado de la rue Pierre-I^{er}-de-Serbie.

—¿Cómo es que esta parte de la correspondencia está en sus manos?

—Gracias a mi madre, Blanche. Tras la muerte de Massis, hostigó a sus hijos para recuperar las cartas de Alban. Como hizo con todos aquellos a los que había escrito, de hecho. Decía que lo único que le quedaba de su hermano eran las fotografías y las cartas.

Alix realizó un gesto interrogativo con la cabeza mientras levantaba de nuevo la tetera. Yo asentí. Las venas de su mano dibujaban ante mis ojos una trama azulada que surcaba la escasa piel que cubría aún sus huesos.

La anciana continuó.

—Señora Bathori, tengo ochenta y nueve años y no estoy segura de que el verano que viene me encuentre aún aquí. ¿Qué me propone?

Me quedé pensativa. Habían sido necesarias cuatro visitas para que Alix accediera a enseñarme las fotografías y la correspondencia de su tío. Resultaba evidente que su intención era concluir ya las negociaciones.

—El Instituto puede comprometerse a conservarlas en las mejores condiciones. El equipo de archivistas realizará un inventario y registrará todas las piezas. Se digitalizarán las cartas para reducir el número de manipulaciones.

Me sentí obligada a hacer una demostración. Alix me miró mientras yo pasaba con el dedo, a veces agrandándolas para verlas en detalle, varias fotos de manuscritos en la pantalla de mi tableta. Pero se desinteresó del espectáculo al cabo de unos segundos.

—¿Quién tendrá acceso a las cartas?

La pregunta me dejó asombrada. En aquella fase, habría esperado que se hablase de dinero.

—El conservador que haga el inventario del fondo. Después, todos los investigadores interesados tendrán que cumplimentar una solicitud de autorización que nosotros le haremos llegar, una a una. De ese modo podrá reservarse la consulta de determinados documentos todo el tiempo que quiera.

—¿Y tras mi muerte?

—Lo más adecuado sería designar un albacea para garantizar la continuación de tales disposiciones. —La anciana se quedó pensativa, en silencio. Un prurito de honestidad me obligó a añadir—: Massis es uno de los poetas franceses más importantes del siglo xx. Si informa usted de que pone a la venta las cartas de uno de sus correspondientes, le lloverán las ofertas. Sé de bibliotecas estadounidenses que estarían dispuestas a hacerle proposiciones muy tentadoras.

La anciana esbozó la sombra de una sonrisa.

—Es usted muy amable, pero no tengo la más mínima intención de dejar que las cartas de mi tío acaben en Estados Unidos. A mi edad, no es el dinero lo que cuenta.

Normalmente habría dejado que la observación cayese en un silencio cortés, pero, desde que ya no estabas, a veces me hacía preguntas en voz alta.

—Entonces, ¿qué es lo que cuenta?

A Alix no pareció sorprenderle mi observación intempestiva. Continuó, como si no me hubiese oído.

—No sirve de nada postergar la cuestión: voy a donar los manuscritos a su instituto. Mi notario, el letrado Terrasson, se pondrá en contacto con ustedes. Pero tengo

dos condiciones: quiero que me asegure que será usted quien haga el inventario del fondo. Y deberá aceptar ser mi albacea.

La sorpresa me dejó boquiabierta. Me esperaba cualquier cosa menos eso.

—¿Por qué yo?

—No tengo más que un nieto, y es un inútil. Mató a su madre a disgustos. Lo conozco, venderá las fotografías y las cartas de mi tío para pagar sus deudas de juego. No conseguí proteger a mi hija. Pero no consentiré que ese muchacho ponga a la venta la memoria de mi familia. —Hizo una pausa—. Y querría que alguien se acordase de Alban y de los míos. Usted lo hará mucho mejor que Alexandre.

Como si no tuviese bastante con mi propia memoria. Una memoria que dificulta las noches y devora los días, corrompiendo cada una de las horas que componen una jornada. Una memoria que a veces desearía aniquilar a golpe de pastillas y de olvido. Oí que la voz de Alix de Chalendar llegaba hasta mí. Extrañamente dulcificada.

—Señora Bathori, a mi edad, lo que cuenta es la manera en la que una se va a marchar. Es lógico no esperar nada más de la vida. Pero a su edad, es un error imperdonable. Piénselo bien antes de decirme que no.